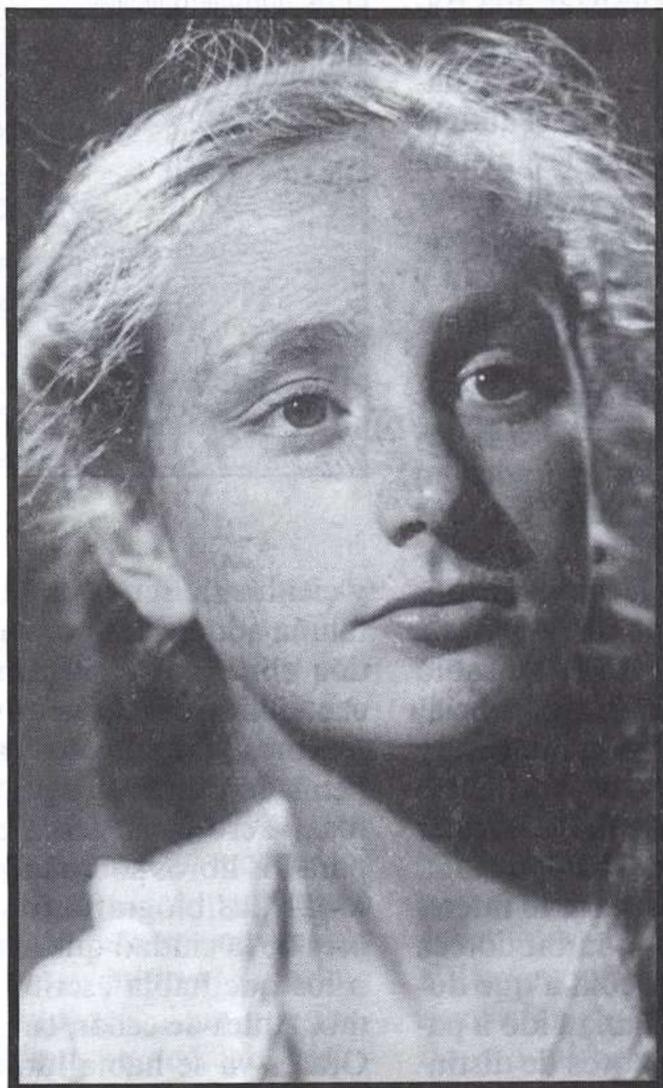


ROSA REGÁS

El abuelo y La Regenta

por Rosa Regás



MONTSE FIGUERAS

En la planta baja de la casa que mi abuelo tenía en el Maresme había un salón muy amplio con las paredes totalmente cubiertas de libros, un piano con candelabros de bronce, una gigantesca chimenea en ángulo y cuatro viejísimos butacones. Se lo llamaba pom-

posamente la biblioteca. En lo alto de la campana casi tocando al techo, un busto de Mossén Jacinto Verdaguer presidía la habitación. Mi abuelo lo mostraba a las visitas muy orgulloso y les contaba que era la cabeza original del monumento de la Diagonal con el Paseo de San Juan. Pero mi

hermano mayor, Xavier, que desde pequeño fue suspicaz e iconoclasta, nos decía en voz baja que aquello no era más que una copia que el abuelo había hecho fundir para darse importancia.

La casa se abría con grandes limpiezas al final de la primavera y con

las mismas se cerraba al principio del otoño. Todas las mañanas del verano hacíamos los deberes de vacaciones en la biblioteca, a donde volvíamos a las cuatro de la tarde para dar la clase de piano. Ahora, al recordarlo, me cuesta creer que esta historia sea la mía, y me parece que yo también la estoy copiando quizá de alguna película francesa con música de viola de gamba que haya visto muchos años después. El sol entraba a tiras por las persianas entornadas y la anciana profesora nos hacía repetir una y otra vez, a mis hermanos, a mi hermana o a mí, el *Vals de las olas*, *El alegre campesino* y la pequeña *Fuga del Álbum* de Ana Magdalena Bach, cuyas notas vacilantes vibraban en el sopor de la siesta y se deslizaban trémulas por la casa hasta quedar suspendidas en la penumbra umbrosa del jardín. A los otros tres mientras tanto se nos permitía esperar nuestro turno leyendo un libro. La clase duraba horas y las líneas de sombra se desplazaban lentamente por el halo de calor que dejaba la habitación borrosa como un sueño. A nosotros nos daba igual. De todos modos no podíamos salir al jardín hasta mucho después, cuando al caer la tarde el abuelo y el médico del pueblo habían terminado su partida de ajedrez. Entonces aparecían las ancianas tías y alguna señora invitada con sus cestas de labor y se sentaban en corro bajo la higuera, un poco apartadas como monjas a la hora del recreo. Porque en la casa, los silencios, las comidas y los horarios gravitaban en torno al abuelo, que como todo el mundo sabía, era un santo varón, un enviado de Dios a la tierra, sobre cuyas espaldas, por expresa voluntad del Altísimo, pesaban multitud de deberes y responsabilidades ineludibles. Y nada parecía más cierto, porque nosotros nunca habíamos oído de otra persona, exceptuando el Papa de Roma, que hablara de sí misma en tercera persona.

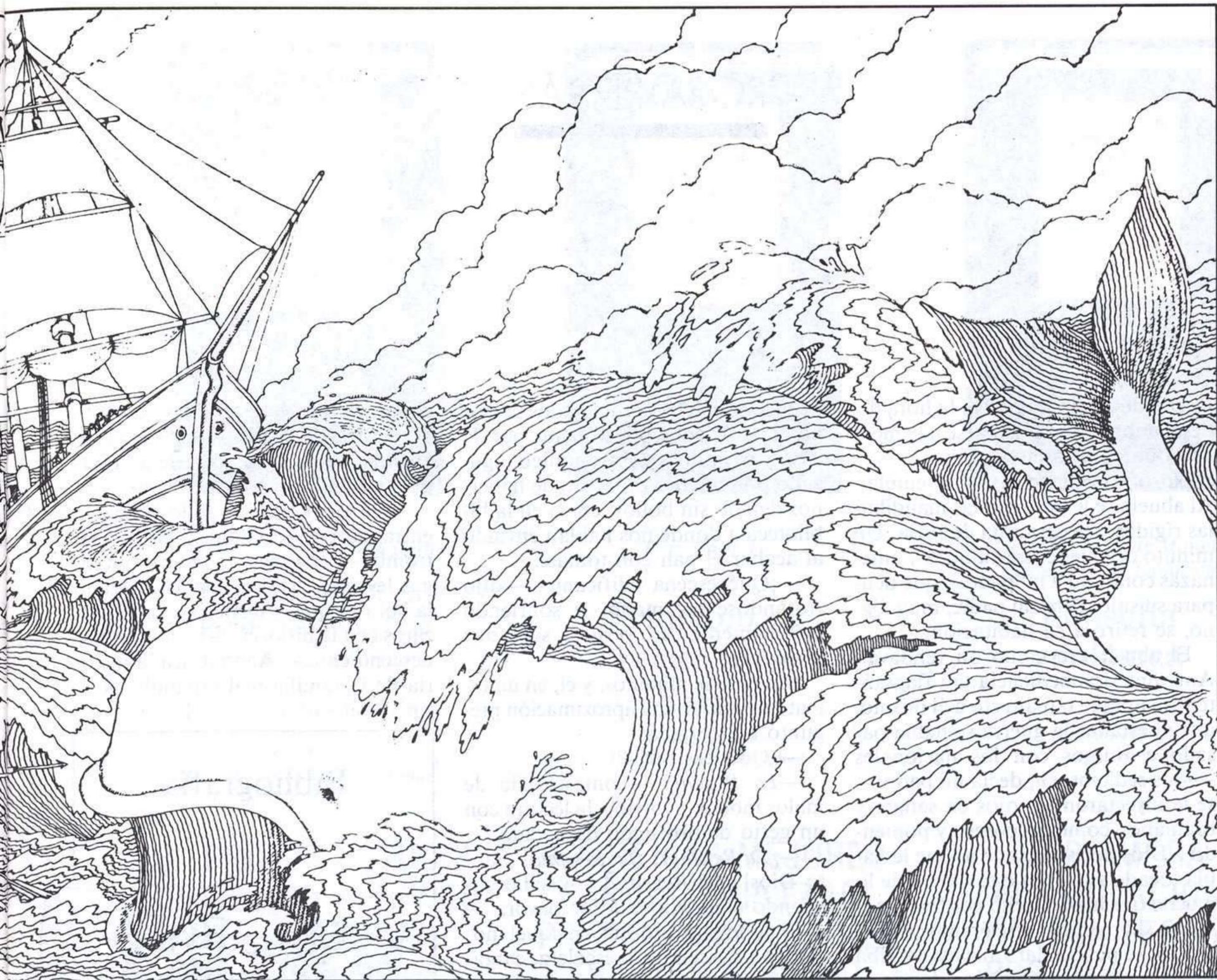
Decía el abuelo: «El abuelo tiene hambre». «El abuelo tiene sed.» «El

abuelo se va a Barcelona.» «Es la hora del bicarbonato del abuelo.» No se apeaba del tratamiento ni en los frecuentes y violentos ataques de ira con los que nos mantenía asustados y sumisos, ni cuando interrumpía impaciente los cotilleos de su prima, la tía María, más vieja aún que él: «Al abuelo ¿qué le explicas? —decía; y añadía:— Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí». Porque, viniera a cuento o no, no perdía ocasión de deslizar una frase bíblica para conferir a su discurso el tono patriarcal que su físico le había negado: muy a su pesar, el abuelo ni era alto, ni llevaba una larguísima barba blanca. Era, eso sí, un señor muy rígido que incluso en verano vestía camisas de cuello duro, corbata y americana, y que paseaba impaciente después de cenar esperando a que en las cocinas se hubiera terminado de fregar los platos para reunir a la familia, al servicio y a los invitados en la capilla, donde nos tenía a todos arrodillados rezando el rosario, y padrenuestros después y jaculatorias por todos sus muertos.

Aparte del ajedrez, que a su sabio entender desarrollaba la inteligencia, los juegos le parecían pecaminosos y no permitía más diversión que la lectura ni más música que la de Wagner o los conciertos del Orfeó Català. Aunque ni la una ni la otra le interesaban en absoluto. Y si la biblioteca estaba abarrotada se debía a que durante cincuenta años habían ido a parar a ella multitud de libros de distintas procedencias: herencias familiares, antiguos manuales y libros de texto, restos de las bibliotecas de mis padres, tíos, parientes y amigos que habían huido al exilio; vidas de santos y breviarios de curas y frailes escondidos en su casa durante la guerra; montones de novelas del siglo XIX publicadas en fascículos a las que, según decían las tías, habían sido aficionadas la abuela y la bisabuela, la mayoría encuadernadas en grandes tomos de piel roja; varias colecciones de clásicos traducidos por la Bernat Metge,



y cientos de series de historia de Cataluña adquiridas por suscripción, todos alineados caóticamente junto a centenares de catálogos y libros de pintores y arquitectos catalanes, carpetas de dibujos, legajos, documentos... Pero él no tenía ojos más que para los libros sobre la vida de Barcelona y las biografías de los prohombres de la ciudad que le mencionaban o los que había escrito sobre sí mismo. Antes de cenar, cuando el doctor Grases ya se había ido a su casa derrotado, se instalaba en un sillón de mimbre, apoyándose en las patas traseras hasta recostar el respaldo en el tronco de la palmera a la entrada de la casa (una forma de sentarse que si alguno de nosotros hubiera osado imitar como poco habría ido a la cama sin cenar), y se ponía a leer uno de estos libros hasta que la expresión de deleite llegaba al límite y al inmobilizarse insinuaba en su rostro una mueca vagamente diabólica. Entonces lo dejaba sobre las rodillas y miraba al infinito esperando la hora de la cena. Era



JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, LA GRAN AVENTURA DEL CINE, MADRID: MUSEO ESPAÑOL DE ARTE CONTEMPORÁNEO, 1982.

uno de sus escasos momentos de calma.

Convencido como estaba de su omnisciencia, por nada del mundo habría reconocido que no había leído una novela en su vida. Por eso, en prueba de su extremada bondad, desde muy pequeños nos dejó escoger los libros que íbamos a leer, pero como al mismo tiempo estaba convencido de que habíamos venido al mundo a sufrir, en cuanto descubría que íbamos por la mitad, se dedicaba sistemáticamente a sustituirlo por otro, y escondía el nuestro en un agujero negro de su dormitorio sombrío y monacal, donde desaparecía para siempre. Así, hasta muchos años después no supimos cómo ni cuándo el capitán Akab encontró a Moby Dick, ni de dónde procedían los gritos de espanto que paralizaban el alma de Jane Eyre, ni por qué camino se llegaba al corazón de las tinieblas.

El criterio de sustitución era indefectiblemente de orden moral, y se basaba en apreciaciones muy curiosas

casi siempre relacionadas con el título al que sin embargo atribuía a veces las hipérboles de su alma torturada. Gracias al título descubrimos muy pronto que los pingüinos bautizados pueden crear un grave problema en el paraíso y que otras aventuras comienzan, como le ocurrió a Emma Bovary, por una mirada o un roce bajo la mesa. Nos prohibió en cambio *La isla del tesoro*, una exacerbación del inmaduro afán de los bienes de este mundo, y a mi hermano Oriol le arrancó de las manos *Corazón* en un arrebato de cólera: «El abuelo no permitirá que leas novelones de procacidad, impureza y locura», rugía escandalizado por los pecados del corazón que muy probablemente desconocía. Y yendo a lo seguro aquella vez le dio la *Historia Sagrada* en versión de la Abadía de Montserrat. «La única que se acepta en esta casa», decretó.

—¿Y la del doctor Manuel Trens? —osó preguntar mi hermana Georgina, porque era la que utilizábamos a diario en el internado.

—Si el abuelo dice que es la de la Abadía de Montserrat, es que es la de la Abadía de Montserrat —aulló.

—Sí abuelo, pero... —insistió ella en un delirio de audacia.

—¡No contestes al abuelo! —vociferó.

Mi hermana guardó silencio paralizada.

—¿No has oído al abuelo? ¿Es que acaso eres sorda?

—... Era siempre el desconcierto.

Un día vino un Canónigo de la Catedral de Tarragona a celebrar la misa. Era el aniversario de la muerte de mi tío Miguel —«El preferido del abuelo», susurraba Francisca, la cocinera, que había sido en su juventud el ama de mi padre y sus hermanos—, caído en el frente del Ebro luchando contra los rojos con el Tercio del Requeté de la Virgen de Montserrat. Mi padre que era republicano, acababa de llegar del exilio clandestinamente y vivía semiescondido en casa del abuelo, asistió a la misa de pie en un

rincón de la capilla pero a la hora del desayuno se negó a sentarse a la mesa «con un cura fascista», dijo.

Nosotros comenzamos a temblar. Al abuelo se le pusieron las mandíbulas rígidas y la cara roja de furia. Un minuto después entre aullidos y amenazas conminó a mi padre a que ocupara su sitio. Pero mi padre, muy digno, se retiró a su habitación.

El abuelo era como un vendaval. Ante una desobediencia tan flagrante y un ataque tan directo a él mismo, que al estallar la guerra se había pasado a Burgos con los nacionales —«los sediciosos», decía mi padre— se le inyectaron los ojos en sangre y bramando como un poseso y poniendo a Dios por testigo de lo que le había tocado sufrir en esta vida y de lo mucho que había hecho por todos nosotros sin que lo mereciéramos en absoluto, se puso a dar zancadas arriba y abajo del gran comedor donde se había preparado la mesa para una ocasión tan solemne. Retumbaban las vigas de madera y cantaban las lágrimas de las lámparas; las tías calladas y recogidas en un segundo plano hacían pucheros; el Canónigo, cada vez más aterrado, seguía al abuelo intentando calmarlo pero sin atreverse a hablar y sin comprender todavía cómo en la casa de este santo varón podían darse escenas como aquella. Los invitados se arrimaban a la pared sin saber qué hacer. Y a nosotros, por si acaso, nos mandaron a la cocina a comer pan con tomate. Quedaron sobre el mantel blanco las fuentes de *croissants* y ensaimadas y las grandes chocolateras de cerámica oscura de los días de fiesta.

A la media hora amainó el temporal y los mayores se sentaron a la mesa. Debieron de comer en silencio el chocolate y las ensaimadas, porque desde la cocina no oíamos más que el tintineo de las cucharas contra las jícaras.

Después del desayuno, cuando el abuelo todavía enfurruñado hubo dado las gracias al Señor por los ali-

mentos recibidos, los invitados se desperdigaron subrepticamente por la casa y el jardín, y el Canónigo, aguzado por el remordimiento de haberlos dejado sin bollos, entró en la biblioteca a donde nos habían enviado al acabar el pan con tomate.

—¿Qué escena edificante! —dijo frotándose las manos y sonriendo babosamente al vernos sentados leyendo.

Ninguno le miramos, y él, en un intento de iniciar una aproximación preguntó a Georgina:

—¿Qué lees, niña?

—*La Regenta* —contestó ella de malos modos y volvió a la lectura con un gesto de profundo desagrado.

—¿*La Regenta*? ¡*La Regenta*! ¡Santo Dios! ¡*La Regenta*! —y salió corriendo congestionado de pavor.

El abuelo se disponía en aquel momento a descender la escalera, cargado mayestáticamente con todo el peso de su infinito dolor, para salir al jardín e iniciar su paseo matinal.

—Señor Regás, señor Regás, esa niña está leyendo *La Regenta*. Usted no debe permitirlo, este libro está en el Índice, ¡en el Índice! Está prohibido, usted será el responsable. ¡Quíteselo de las manos!

El abuelo, que jamás había aceptado ni siquiera una sugerencia ni lo habría hecho aun viniendo del Papa, a quien por supuesto respetaba más que a nadie, al oír aquella orden que le daba a voces un simple Canónigo de provincias, volvió a montar en cólera. Levantó un brazo al cielo en un gesto de terrible autoridad y como un Moisés del Maresme que rompiera furibundo las tablas de la ley, lo dejó caer rasgando el aire y bramó con la voz del trueno:

—¡Aquí no hay más Índice que el abuelo! —con tal potencia y movido de una fuerza interior tan brutal e inesperada, que el Canónigo fue achicándose y retrocediendo hasta que encontró la puerta del jardín y dio un salto atrás que a poco le incrusta contra la palmera. Le vimos luego abani-

cándose bajo la parra no repuesto aún, mientras esperaba ansioso el coche que había de devolverle a la paz de sus algarrobos tarraconenses.

—En cuanto a ti —aulló el abuelo entrando en la biblioteca como una tromba—, el abuelo te ordena que sigas leyendo *La Regenta*. Ha llegado la hora de que comencéis a familiarizaros con la historia. —Y añadió condescendiente:— Aunque sea la historia de la familia real española. ■

Bibliografía



La cuina del ampurdanet, Barcelona: Antalbe, 1985.

Ginebra, Barcelona: Anagrama, 1988.

Memoria de Almató, Barcelona: Planeta, 1991.